

20 de MAYO de 1902, DIA

Cronica mayo 1902

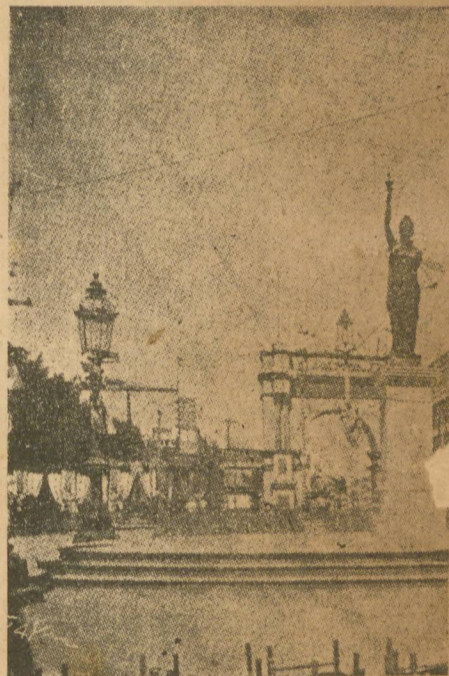
Por Manuel I. Mesa Rodríguez

Academia de la Historia.

HABIA cesado la contienda. En agosto de 1898 se había firmado el Tratado de Paz. Las tropas españolas habían abandonado el territorio de Cuba. Ahora tenían la gobernación del país hombres que hablaban otro idioma, poseían otras costumbres y tenían otros fines. Todo eso que correspondía a lo ético del problema cubano era un acontecer histórico al mismo tiempo. La aspiración mayor se concentraba en lograr el establecimiento de la República independiente y soberana. Para llegar a ello fué menester enfrentarse con una serie de acontecimientos preliminares.

El 5 de noviembre de 1900 se celebraba la sesión inaugural de la Convención Constituyente, paso previo para lograr el cuerpo legal que habría de darle vigencia jurídica a la república futura. Quien lea las 651 páginas que integran el Diario de Sesiones de la Convención que se cerró en septiembre 9 de 1901, aunque no lo quiera, se ve en la necesidad de comparar —aunque esto se diga que es odioso, vivimos de comparaciones— y alejar la mirada de los tomos que contiene el de 1928, y el de 1940 mirarlo con cierto cuidado. De aquella Convención ya todo es **Historia**, pero historia que se lee con orgullo y con deleite.

Allí se izó con carácter oficial nuestra



En el Parque Central de La Habana alzaba la estatua de Isabel II, que hasta tanto se erigió el ai

enseña gloriosa. Cincuenta años se cumplirán del acontecimiento el año próximo, y con los homenajes del Centenario de la Bandera, ese debiera ser acto solemne de recuerdo, y, con el propio Teatro Martí, en memoria del hecho y de



Cronica Mayo 1902



ente de Cuba, don Tomás Estrada Palma.

a dormir a la "Periquera", donde antaño estuvo preso, cuando la "guerra grande", y a la mañana siguiente a lomo de cabalgaduras salieron de marcha llegando a "Paso de la Mula" al medio día, uniéndose allí con los generales Rabí y Lora, abrazándose con emoción los viejos mamabises; mas como era imposible continuar la jornada, en el camino vivaquearon entre cuentos de la guerra y anhelos de la patria.

Bayamo vistió sus mejores galas para recibir al hijo que retornaba al lugar en que ya no estaba su amor mayor, y precisamente para llevar a darle sepultura a su pueblo, a la madre que había muerto en la manigua acompañándolo en su peregrinaje del 68. Candelaria Palma recibiría ahora un nuevo homenaje de cariño de su hijo y de su pueblo.

Manzanillo, Santa Cruz del Sur, Cienfuegos y otros lugares recibieron con vitores al que había sido elegido Presidente.

La Habana se preparaba a celebrar el acontecimiento con esplendor y entusiasmo. Se levantaron arcos de triunfo en distintos lugares, y se afanaban por hacer el mejor cada grupo que representaba una calle, un barrio o una entidad.

En el hoy denominado Parque Central había sido sustituida la estatua de Isabel II por una representación de la Libertad —fatalmente hecha de calamina— más tarde desplazada para colocar el actual monumento de Martí.

Al Campo de Marte se le repararon las avenidas y fuentes, se le renovaron las cadenas que lo abrían y cerraban los días de incendios del lado de La Habana que comenzaba en Amistad y Calzada de la Reina, y la estatua de la Libertad

en Dos Ríos del Apóstol de la Independencia. El pueblo desbordado desde temprano se había lanzado a la calle. Nadie había pensado en poner lumbre en los fogones de las casas. Todo era júbilo en los corazones cubanos. No diremos que en todo el pueblo, pues quedaban los guerrilleros y los que no se conformaban que el pabellón rojo y gualda no estuviera en los mástiles pese a los dos años y medio que ya hacía que no se veían oficialmente.

El general Wood recibiría en aquella mañana, en el Salón Rojo del antiguo Palacio de los Capitanes Generales donde estaba instalado el Gobierno, al Congreso recién estrenado, en recepción oficial antes de hacer entrega del gobierno de Cuba al mandatario elegido y dar lectura a los documentos de protocolo. A las doce menos cinco minutos llegó don Tomás.

Eran las 12 meridiano cuando en la Fortaleza del Morro ante el silencio expectante y emocionado de todos se arriaba la bandera americana y se izaba la cubana, con las salvas de cañón reglamentarias del caso. Los que vivimos aquel instante sabemos de su grandeza y recordamos el estado casi de locura que se apoderó de todos. Se abrazaban los que no se conocían. Gritaban: "¡Viva Cuba libre!" los que jamás habían alzado la voz. Era un estado de delirio, y las lágrimas de emocional alegría por el momento que se vivía y de triste recuerdo por los que habían caído para lograr aquello llenaban los ojos de unos o de otros. Se era feliz porque al cabo de casi un siglo de aspirar y de treinta años de bregar, se lograba la ansiada independencia política.

La ceremonia en Palacio, de cambiar las banderas, fué posterior a la entrega oficial. Comenzó a las doce a descender lentamente la bandera de las barras y las estrellas a la orden dada a los dos sargentos encargados de la ceremonia, los mismos que a las doce y diez minutos hacían el nudo en la cangreja del asta dejando fija en su tope la del triángulo y la estrella.

El "Brooklyn" poco después salía frente al Morro y la Punta llevándose a los representantes del Gobierno de los Estados Unidos que hasta aquel momento habían asumido la responsabilidad de gobernar.

En Palacio quedó don Tomás Estrada Palma, asistido del Consejo de Secretarios que habría de asesorarle y en el Congreso para los legisladores que

IP

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR

DE LA HABANA

Crónica Mayo 1952